

mont. A través de sus retratos de personajes destacados de la época, es fácil descubrir rasgos psicológicos importantes, como de la célebre condesa de Du Barry, favorita de Luis XV, de la Polignac, del duque de Berry. Producida la revolución francesa huye a Italia donde conoce y traslada al lienzo a lady Hamilton, la amante de Nelson, extraña mujer que quedó en los cuadros de Isabel Vigee Le Brum, como bacnate, como Sibila. En seguida parte a Rusia donde pinta sujetos de la Corte, empezando por la Emperatriz y su familia. Aquí contrae matrimonio con un noble ruso (1) estableciéndose con él en París, donde siguen desfilando por sus telas aristocráticos personajes, entre ellos Carolina Bonaparte. También la famosa Madame Stael es fijada por sus pinceles en uno de sus retratos finos, discretos, seguros, donde la influencia de los pintores flamencos e italianos aparece proficuamente asimilada por La Vigee.

Isabel Vigee murió en París a la edad de ochenta y siete años, en 1842.

A. T.



## UN CHILENO TRADUCE CUENTOS NORTEAMERICANOS

EL HOMBRE QUE CORROMPIÓ A HADLEYBURGO Y OTROS CUENTOS NORTEAMERICANOS, *por Ernesto Montenegro.*

Este volumen contiene la traducción española de siete cuentos de otros tantos autores norteamericanos, con una nota crítico-biográfica como introducción a cada historia y un prólogo en que se señalan el desarrollo y las actuales tendencias del cuento norteamericano. El compilador, Ernesto Montenegro, un autor

---

(1) Había enviudado de su primer marido, Le Brum, comerciante en cuadros.

chileno bien conocido, crítico y periodista además, demuestra una profunda comprensión y conocimiento de la literatura norteamericana y especialmente del cuento.

Los trabajos contenidos en esta colección (1) son: «El Hombre que corrompió a Hadleyburgo» (The Man that corrupted Hadleyburg) por Mark Twain, que da nombre al volumen: «Lo que pasó en el puente de Owl Creek» (An Occurrence at Owl Creek Bridge) por Ambrosio Bierce; «Soy un Animal» (I am a Fool) por Sherwood Anderson; «Asunto de Negocio» (A Matter of Business) por Sinclair Lewis; «En Conferencia» (In Conference) por Ring Lardner; «Un Ciclo de Manhattan» (A Cycle of Manhattan) por Thyra Santer Winalow, y «Por Cincuenta Mil» (Fifty Grand) por Ernesto Hemingway.

Estos representan siete distintos tipos, que abarcan de lo humorístico a lo trágico y de lo satírico a lo psicológico, todos traducidos en forma escueta y rotunda, con lo que logran transvasar al español el ambiente creado por cada autor en el original.

El señor Montenegro explica la razón de haber escogido dichas historias en los párrafos finales de su prólogo, al decir que lo hizo «para dar representación a los diversos períodos y tendencias divergentes» de la literatura norteamericana.

Los comentarios iniciales son significativos no solamente en cuanto expresan la opinión de un crítico competente, sino también porque provienen de un crítico extranjero, mostrándonos nuestra literatura «tal como la ven los extraños».

«Las dos tendencias dominantes en la moderna literatura norteamericana—y por supuesto del cuento—son la recia sinceridad y el abandono de los convencionalismos del pasado».

Mark Twain, añade el señor Montenegro, «personifica la generación que invadió las praderas allende el Misisipí,—la descendencia de una raza atrevida, petulante, infatigable».

En las creaciones de Ambrosio Bierce observa «una imaginación audaz y un riguroso trabajo de estilo».

A Sherwood Anderson lo llama «un narrador por temperamento, que enfoca un trozo de vida con tal intensidad, que basta para darnos la visión de una vida entera».

Con referencia a Sinclair Lewis, declara que en el título de «Main Street» (Vida de Poblacho) ha acuñado una frase tan indeleble como la que descubrió Thackeray en su «Libro de los Snobs».

Las historias de Ring Lardner «conservan la apariencia de una inocente objetividad; pero entre líneas descubrirá quien quiera que sea capaz de entender, una formidable intención satírica».

La señora Winslow, a quien llama el traductor «una paciente, puntual observadora de la clase media norteamericana», prueba su cualidad artística en «Un Ciclo de Manhattan».

«Fifty Grand» le parece la historia más característica de la «manera» de Hemingway. A éste le observa que sigue hasta cierto punto los métodos de Ring Lardner, «al descubrir lo complejo dentro de lo trivial».

Este libro ofrece lectura amena para quien sea capaz de apreciar el buen estilo español, sea que haya leído o no las historias en el original inglés. El prólogo combina la concisión del buen periodista con una deliciosa fineza literaria, que resulta en un estilo claro y rápido, que es característico del señor Montenegro.

Los norteamericanos debemos sentirnos halagados de este esfuerzo del señor Montenegro para darles a los hispanoamericanos una muestra de nuestra literatura. Por más que se trate de poca cantidad, servirá para mostrar que tenemos algo propio nuestro con el carácter de una literatura de interés mundial, por encima de las obras de Edgard Rice Burroughs y de Elinor Glyn, cuyas traducciones tanto abundan en Sudamérica.

Montenegro, ahora uno de los redactores de «La Nación», de Santiago, fué por algunos años redactor de «La Prensa» de Nueva York y colaborador de la prensa norteamericana.—

Lola Anderson, Universidad de Missouri, Columbia, EE. UU. de A.

■

DOS NUEVOS ENVÍOS DE ALFONSO REYES

Cuando transcurre mucho tiempo sin recibir desde Río de Janeiro un paquete postal, piensa uno: ¿Qué será de Alfonso Reyes? Tal vez los deberes diplomáticos... O quizá, por desgracia, se ha olvidado de mí...

Pero, de pronto, aparece un gran sobre por la rendija de la puerta. Un sobre o un envoltorio más cuidado que los otros que se reciben, sin roturas, anunciando intacto el contenido. Y se abre éste como hace muchos años, al levantarnos el día de los Reyes Magos, mirábamos a la ventana. Con regocijo temeroso, con ganas de retrasar la apertura, procurando ir despacio, refocilándonos en la promesa que ya está realizándose, junto a nosotros. Y al salir el libro, qué grato consuelo para los ojos, aquella limpieza tipográfica, aquella delicadeza de visión primitiva, antes de penetrar en la lectura.

Hace poco tiempo llegaron dos de éstos envíos apetecibles. Seguridad de un día, (un día no más, porque el autor es avaro de los deleites que regala, en dosis cortas, aptas para la delectación lenta y seguras de su valor apiñado, concentrado hasta la esencia, como esos perfumes que, con una gota, llenan por semanas el ambiente de la habitación), seguridad de un día de fruición en la lectura.

El mayor de ellos, entrega una resurrección llena de actualidad. «Si el Hombre puede artificialmente volar», se titula. Más abajo, la fecha recuperada: 1676. Antonio de Fuente la Peña, autor de este ensayo, (no: ensayo, no: discurso, aunque después se haya pervertido la palabra), un fraile español, capuchino, pretende sacar en claro de sus sentencias la posibilidad